

EL BARCO DE VAPOR



La bruja Ulula y el Bosque del No

Miguel Sánchez

Ilustraciones de Federico Delicado



*T*E has preguntado quién es tu compañero o compañera de pupitre. ¿Lo conoces de verdad? Puede que sí, que la amistad venga de cursos anteriores, que os conozcáis de toda la vida, de jugar en el barrio... Claro que quizá no, y es esta la primera vez que compartís mesa... No, no pienses necesariamente nada terrible. Solo dale vueltas en la cabeza. Yo, mientras tanto, te voy a contar una historia. Ocurrió no hace mucho tiempo. Empezaba el curso y un nuevo alumno se incorporaba a clase. Se llamaba Gabriel.

Gabriel era de Costa Rica, pero vivía en Madrid. Al principio se mostraba algo taciturno y costaba arrancarle las palabras. En la clase de al

lado estudiaba su hermano Adrián. En realidad no eran hermanos, pues Gabriel había sido acogido por los padres de Adrián, del borde de Adrián, que no paraba de proclamarlo a los cuatro vientos. «El sudaca», le decía. Pero luego, todo cambió. Porque después de lo que pasó, ya no lo volvió a decir, es más, arremetía contra aquellos que se burlaban de Gabriel, que cada vez fueron menos. Después le llamó «hermano» y estuvo siempre pendiente de sus cosas. ¿Por qué? Esta historia te lo cuenta... ¿Sigo?

Todo empezó una noche, en el mes de diciembre, muy cerca de las navidades. Habían ido de compras y Adrián volvía contento. Se había salido una vez más con la suya.

–Los tengo dominados –decía orgulloso.

Tanto había mareado a sus padres que le habían comprado su regalo, su caro regalo.

–Es cuestión de práctica, y ya le voy cogiendo el tranquillo –comentaba en su habitación mientras quitaba su antigua lámpara de la mesilla de noche para sustituirla por la nueva. Su hermano lo miraba desde el umbral de la puerta.

–Papá ha dicho que lo esperes, que es peligroso andar con enchufes, que ya lo hace él.

–No me hace falta ayuda para cambiar una clavija por otra. Y no es tu padre.

–Él quiere que lo llame así.

–Y yo no. ¿Sabes? El otro día les oí hablar. Tú eres una especie de medicina. Eso fue lo que dijeron: «Medicina para curarme y dejar de ser un niño demasiado consentido». Eres como el jarabe asqueroso que me tomo para la tos.

Ese era Adrián, el borde de Adrián. Gabriel no dijo nada. Se quedó mirándolo. Su hermano, pues así querían sus actuales padres que lo llamara, se afanaba en poner su nueva lámpara en la mesilla de noche. Era una bruja regordeta, achatada y de pómulos brillantes. Vestía de violeta y posaba al lado de una perola llena de burbujas, trozos de reptil, cabezas de ratón... y en la que flotaban dos ojos que a Gabriel se le antojaron como de niño náufrago.

Cuando sus padres llegaron a la habitación, Adrián tenía ya encendido su nuevo regalo. Para que pudiera lucir mejor, había apagado la pantalla con cara de Goofy que colgaba del techo. Y allí estaba la bruja, proyectando luz desde sus adentros con sus ojos pérfidos y su boca desdentada.



–¡Qué cosa más horrible, niño! –dijo Beatriz, su madre.

–A mí me gusta. Tened cuidado al entrar en esta habitación. Puede ocurrir cualquier cosa –comentó Adrián poniendo voz de ultratumba.

–¡Cualquier cosa es lo que pudo haber ocurrido! Te dije que esperarás. No me gusta que andes con enchufes –añadió su padre, molesto.

Un silencio espeso se dejó sentir en la casa. Adrián hizo como si no fuera con él. La madre quiso aliviar la situación.

–Mejor será que apagues por ahora la lámpara y te duches. Y tú lo mismo, Gabriel. La cena estará en breve.

Media hora más tarde estaban sentados a la mesa Vicente, que así se llamaba el padre, Beatriz y Gabriel. Se miraban unos a otros.

–Adrián, te estamos esperando. Baja ya –dijo su madre alzando la voz.

–No quiero cenar todavía.

–Baja inmediatamente –le ordenó su padre.

–¿Qué hay de cena?

–Espaguetis. Están muy buenos. Baja ya, que se enfrían –comentaba la mujer.

–¡Qué asco! No quiero. Hazme una hamburguesa.

–¡Que bajas! –bramaba el hombre.

–No, no, no y no.

Durante unos segundos, solo se oyó el tintinear del plato de Vicente, que le daba golpecitos con el tenedor.

–Será mejor que cenemos. Los espaguetis hay que comerlos al dente. Si no, no están buenos. Alcánzame tu plato, Gabriel –sugirió finalmente el padre.

Comieron en silencio. Adrián no bajaba. Al finalizar la cena, la madre quiso interesarse por lo que hacía su hijo y se dirigió a la escalera.

–No deberías subir ahora. Cuando le apriete el hambre, bajará. Y entonces, que se coma los espaguetis fríos. No sé en qué momento empezamos a malcriar a este niño –comentaba Vicente.

–Es que hace rato que no lo oigo. ¡Y cuando no se oye nada!

Gabriel callaba. Llevaba cinco meses con su nueva familia. Muchas noches lloraba en silencio. Se acordaba de los colores vivos de su tierra; pero sobre todo de su madre, de sus manos amorosas, de sus ojos oscuros, del arroz con cilantro, frijoles y banana frita que preparaba. Pero todo había quedado atrás, fuera de su vida; como si

un viento huracanado lo hubiera arrastrado bien lejos. Y es que Asunción, su mamá, el vínculo más grande que tenía con el mundo, había muerto cuatro meses atrás. Sus palabras volvían una y otra vez a su memoria.

–Estamos solos, Gabrielito, el buen Dios lo ha querido así. Solo él sabrá por qué. Pero has de ser fuerte. Yo también me voy a marchar, muy pronto... Pero no te preocupes. He encontrado una buena familia que cuidará de ti y podrás ser un hombre de provecho. Tienes que ser fuerte y cumplir el deseo de tu madre, el deseo de Dios.

–¿Y adónde vas a ir? –le preguntó.

–Con el bribón de tu padre –contestó ella con la voz quebrada por la emoción y por la cruel enfermedad que la consumía por dentro.

El padre había muerto tres años atrás en una balacera en Venezuela, donde había ido a trabajar en el petróleo. Lo recordaba fuerte y fanfarrón, con su diente de oro y un corazón tatuado en su antebrazo izquierdo, debajo del cual ponía «Asun». Su madre no tuvo dinero para repatriar el cuerpo, y allá quedó.

Asunción trabajaba de camarera en un hotel. Allí conoció a Vicente y a Beatriz. Una noche, mientras cenaban, los oyó hablar. Comentaban

el fuerte carácter que tenía su hijo Adrián y que les hubiese gustado tener otro hijo para que crecieran juntos, pero ciertas complicaciones durante el parto se lo habían impedido. La madre de Gabriel pensó que Dios no le cerraba todas las puertas. La vida le había dado muchos reveses, y había salido adelante con trabajo y tesón.

–No me voy a arrugar ahora, no puedo –muscitó.

Al día siguiente, les dijo que les había oído hablar, les explicó su situación y les ofreció a su hijo para que lo acogieran. Pidieron tiempo para meditarlo, perplejos por la solicitud y temerosos de que fuera un timo o cualquier clase de engaño.

–No les puedo dar mucho –dijo ella–, pues la enfermedad avanza rápido.

Vicente aceptó, pero con una condición: ella tendría antes que someterse a un reconocimiento médico para comprobar lo que decía y, en su caso, intentar curarla. No hubo nada que hacer. Los médicos le daban muy poco tiempo. Dos semanas más tarde, Asunción y Gabriel viajaban a Madrid. Era el mes de julio y, por fortuna, las clases ya habían finalizado. Una noche, ella sentó a Gabriel en su regazo, le acariciaba el pelo.